

Uruguay: los turistas que desvalijan el país

por Gregorio SELSER

Semanas antes de que se iniciaran en Argentina las llamadas "vacaciones de invierno", los observadores de la realidad económica uruguaya predecían que la descontrolada inflación del país vecino se trasladaría a su suelo y que durante 15 días sus casas de comercio serían poco menos que desvalijadas por una descontrolada masa de turistas.

Sobre la base de lo que había ocurrido durante la temporada veraniega finalizada en marzo, cuando el turismo argentino volcado sobre las playas de Montevideo y Punta del Este produjo una demanda adicional del 40 por ciento en las mercancías y un efecto adicional de encarecer los precios casi un 8 por ciento, los analistas predecían que los "safaris" de ropas en los propicios costos de caza montevidianos atraerían flujos inusitados de "porteños". Los únicos contentos por las perspectivas de la ola compradora eran los comerciantes, que contrariamente a lo ocurrido en los últimos años, realizaron en mayo y junio pedidos masivos de mercaderías.

DESESTABILIZACION DEL MERCADO

Un analista observó, a principios de junio, que la fácil desestabilización del mercado uruguayo por una súbita demanda se explicaba por la pequeñez de la plaza y por las barreras arancelarias que impiden compensar aquel desabastecimiento. Por otra parte, en mayo se elevaron las tarifas de los servicios de electricidad, teléfonos, combustibles, gas y agua corriente, al tiempo que el COSENA (Consejo de Seguridad Nacional) autorizaba un aumento salarial del 9 por ciento, estimado irrisorio desde antes de su anuncio, habida cuenta de que las predicciones sobre la espiral inflacionista para 1979 ya estaban superando el tope prometido del 46.1 por ciento registrado en 1978.

De manera que en el curso de pocas semanas, las tiendas vacías de ropas, por ausencia de compradores locales, se colmaron en espera de la invasión. Esta se produjo, en efecto. La Nación de Buenos Aires, en editorial quejumbroso de protesta ("De nuevo, vacaciones"), consiguió que "fuentes oficiales uruguayas han señalado, además, que los 30 mil o más turistas argentinos y sus

fuertes compras ocasionaron repuntes inflacionarios que seguramente tienen perjudiciales consecuencias no compensadas por los saldos positivos de tan repentina y ocasional reactivación comercial".

A UN PROMEDIO DE MIL DOLARES POR PERSONA

El editorial del matutino conservador observaba que las vacaciones de invierno, "año reservadas a los escolares, parecen extenderse cada vez más a los adultos", un "singular fenómeno social" registrado a sólo 3 meses del periodo de Semana Santa, lo que conceptuaba tan negativo como chocante, si se tenía en cuenta "la orientación que se dio al esfuerzo nacional al reducirse a fechas muy limitadas los feriados del almanaque".

La Nación no reprochaba sólo a los que viajaron a Uruguay, sino al 2 por ciento de la población argentina que, en suma, fueron quienes pudieron permitirse aprovechar las vacaciones viajando a zonas del interior. Esos desplazamientos, comentó, no eran un testimonio de prosperidad del país, sino expresión minoritaria de una conducta social, que "contradice principios tan elementales como los del trabajo, la austeridad y la disciplina".

Desde el otro lado del Río de la Plata, el ministro de Economía y Finanzas, Valentín Arizmendi, se quejó también, pero alegando otras causas. Alegó que Uruguay "no puede ser proveedor de Argentina y no tiene por qué estar complaciendo la demanda agregada que genera la corriente turística que virtualmente arrasa con las existencias de los comercios de Montevideo y otras localidades del país. Anunció, por ende, que su gobierno estudiaba ya medidas para neutralizar la presión inflacionaria —no la prohibición del turismo argentino—, entre ellas la de crear una "oferta agregada" compensatoria, mediante facilidades a la importación de bienes. En términos de tecnócrata, sugería la supresión de barreras arancelarias para la producción local en ciertos rubros de importación, pero de ningún modo desalentar el turismo argentino, ya que —y esto no lo dijo Arizmendi cifras extraoficiales indicaban que cada visitante gastaba el equivalente de mil dólares. (28)

SOLO MINORIAS APROVECHAN

En julio es invierno en el Cono Sur, y este año la temperatura promedio en la región rioplatense bordeó el bajo cero. Ningún turista, y mucho menos sus hijos en edad escolar, viajaron para bañarse en las aguas de Punta del Este y Montevideo, y tampoco para recrearse en las contadas reliquias de Colonia. Su periplo tuvo motivación económica: según fuentes uruguayas, la sobrevaluación de la divisa argentina determina que las mercaderías locales, especialmente ropas, vestimenta en general y calzado, resulten según estimación del periódico uruguayo El País, entre un 20 a un 30 por ciento más baratos que en Argentina. La Opinión de Buenos Aires, corrigiendo ese dato, sostiene que la diferencia es del 50 por ciento, razón por la cual los turistas desvalijan las zapaterías y tiendas.

Otro dato significativo es el de la comida. La carne, que otrora era, como en Argentina, de consumo diario en Uruguay, hoy se vende en cuotas, como los automóviles. La mayoría de la población se alimenta con fideos y arroz. Pues bien, según cálculos de los periódicos uruguayos durante el auge turístico del mes de julio, una familia argentina, integrada por 4 personas, podía permitirse comer carne en restaurantes de Montevideo con un gasto total de un millón de pesos, viejos argentinos (unos 8 dólares y medio), erogación fuera del alcance de un grupo familiar uruguayo similar.

Desde hace meses circula en Argentina una reflexión-chiste que refleja la paradójica circulación del turismo: 1) El argentino que tiene algo de dinero, pasa sus vacaciones en Punta del Este, Río de Janeiro o Valparaíso; 2) el que tiene bastante dinero, vacaciona en Miami, París o Sudáfrica; 3) pero el que tiene mucho, muchísimo dinero, vacaciona en el balneario bonaerense de Mar del Plata o en las sierras de Córdoba.

El gasto turístico de un sector de la población argentina permite viajar al exterior y recuperar el costo de pasajes y estadía solamente con lo que se pueda comprar y traer de vuelta al país, donde los controles aduanales no son demasiado exigentes, ni siquiera para productos electrodomésticos, televisores y pieles. Son las delicias de la economía libre de mercado.